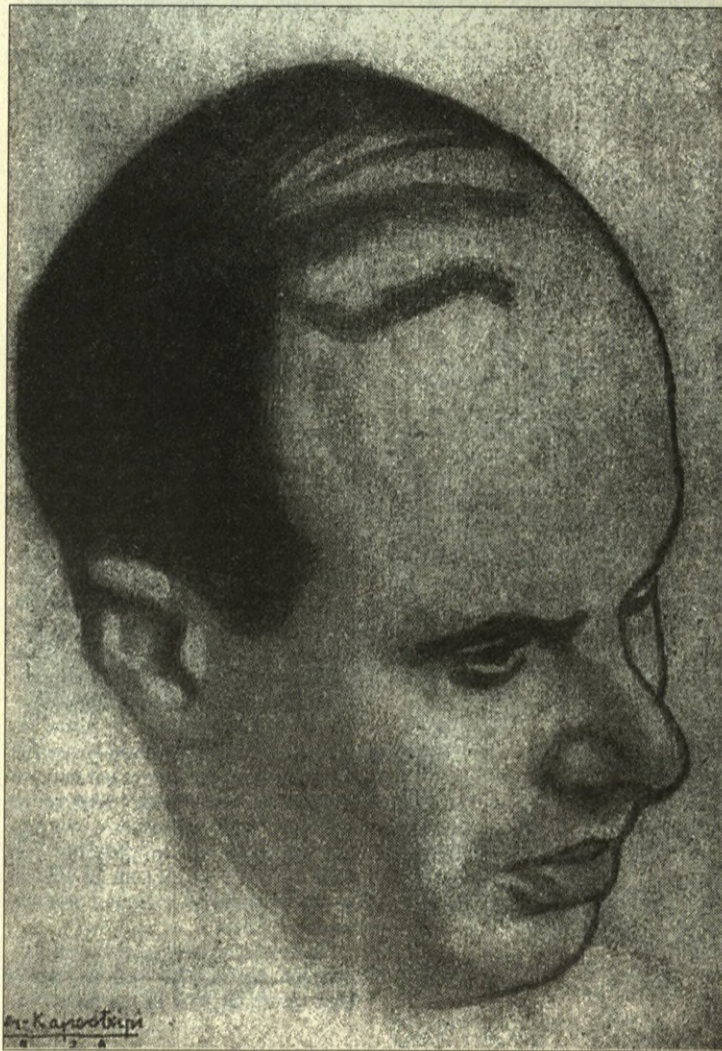


Semanas atrás, Manuel Basas se hizo eco de la efemérides en las páginas de «El Correo Español-El Pueblo Vasco». En efecto, a finales de marzo, exactamente el día 22, se cumplía el primer centenario del nacimiento de Joaquín de Zuazagoitia, inquietante personalidad del mundo político, social y literario de Bilbao. Dirigió durante doce años aquel diario y durante diecisiete estuvo al frente de nuestra Corporación local. Y escribió una pieza teatral. Quiero decir que la ocasión, sin pillarme desprevenido, ha acelerado el reencuentro con tan singular comediógrafo. No quiero entrar en fáciles valoraciones positivas o negativas sobre su discurrir en cualquiera de los campos donde laboró. Queda, eso sí, el respeto a su ausencia y las notas que sobre su bonhomía—quede perdonado el galicismo— me han legado colegas de mayor edad. Por



compendiar el propio resumen biográfico que con tanto tino esbozaba don Manuel, valdría reseñar que Zuazagoitia, hijo de guipuzcoano y vizcaina, nació en Madrid, si bien desde temprano se llegó a Bilbao para militar en las escogidas filas de nuestros ilustres paisanos de la época. Humanista nato, intelectual sin tacha, cursó el bachiller en la villa y las carreras de Farmacia y Ciencias Químicas en Barcelona, Madrid y Burdeos, estudios que ampliaría posteriormente en Alemania. De condición plurilingüe—hablaba correctamente francés, inglés y alemán—, tradujo textos de Balzac y Paquer. Su pluma inteligente buscó plaza en la prensa diaria y hasta en el mítico suceso llamado «Hermes». Y don Joaquín, ¡ay!, que fue pródigo en escribir para la prensa, en prolongar todo tipo de publicaciones, que discutía con enjundia de arte y de música, no completó más que un pequeño libro, una comedia titulada «La criolla», que ya en 1924, por los eneros, se había publicado en las páginas literarias de «El Liberal».

LA CRIOLLA

Episodio familiar en la costa vascongada

Por Joaquín de Zuazagoitia

PERSONAJES
 PAGO.
 PATXIKE, mujer de Antxon.
 PEDRO, hijo de Antxon y Patxike.
 MARI PEPA, hija de Antxon y Patxike.
 NENE, criolla, mujer de Pedro.
 PEDRO MARI, hijo de Mari Pepa.
 JOSÉ MIGUEL, arrote pascuero, yote de Antxon y juventud de

que, eso es lo malo. Cuando hay fantasía en la cabeza es cuando el corazón se pone loco del todo. A ningún hombre cabal le visto hacer disparates. Los que los hacen es porque no tienen la cabeza bien sentada, y entonces el corazón hace de las suyas.
 Mari Pepa.—Calle, madre, calle.
 Patxike.—¿Por qué me he de callar? ¿No es verdad lo que digo?
 —No ha de ser verdad!
 —¿No es el momento de...
 — el mo-

(Dibujos de José Arró)

de golpe treinta años. Porque ni se ve ni me veo viejo.
 José Miguel.—¿Quién habla de vejez?
 Pedro.—Aunque los años no hayan pasado en balde y hayan traído su mudanza, esta casa (recorriendo amorosamente con la mirada las paredes de la habitación) y Nené me devuelven la juventud.
 Antxon.—Bueno, sentarse, sentarse. Pedro, tu mujer estará cansada de darte, la criolla ha permitido abrir juicio de la puerta a ofrecer sillón

cuando de casa de I se me cae muy bien me da el Fuigoci aquello bía así pudrim dor. U ción de qué si pa y aquel José Miguel te la Pedro. — 7 inar inar inar Pr

«La criolla», antes que un cuadro de costumbres, es un conflicto pasional con vascos al fondo

Joaquín de Zuazagoitia, autor teatral de pieza única

Carlos Bacigalupe

HE tenido acceso a esa pequeña rareza bibliográfica que es «La criolla», publicada por Echeguren y Zulaica, gracias a la gentileza del matrimonio compuesto por Manolo Zurro y Pilar Adán—hija ésta de Joaquín Adán, otro de nuestros autores teatrales—, que la conservan como un auténtico tesoro. Sin embargo, el estudio de la comedia, «episodio familiar en la costa vascongada», lo he seguido fotocopiando las dos páginas literarias de «El Liberal» que precedieron a la edición del librito.

Cuando Zuazagoitia publica «La criolla»—representada, según Basas, una sola vez y en Bruselas— ya los autores «de aquí» han elaborado la práctica totalidad de su reducción más conocida. Quiere esto decir que el escritor tiene claro qué es una obra teatral con paisaje vasco, sabe de los ingredientes «indispensables» que poner en el guiso para que la pieza conste como tal teatro vasco en el repertorio: algo de costumbrismo, alusiones folklóricas y determinadas frases en euskera, de uso corriente, para configurar la atmósfera.

Pero falta en la receta la tensión dramática, algo que sus colegas, excesivamente fiados del «made in» pocas veces intuyeron. El autor, en apenas unos diálogos—recordemos que a lo suyo lo llama «episodio»— es capaz de recrear un apunte de conflicto que moverá a una tragedia pendiente, inconclusa para el espectador, pero, posible si una vez caído el telón las cosas discurren de la suerte que se plantearon.

Desconfía de mujer ajena «La criolla», breve de extensión pero más intensa que la mayoría de las piezas de nuestro teatro vasco en lengua castellana, está dividida en tres actos, cortos, claro, pero inteligentemente diseñados en cuanto a mantener el espíritu y lo-

grar un «in crescendo» notables. Es desusadamente atrevida con respecto a sus antecesores—un adulterino beso en la boca era impensado en la escena local de entonces— y está escrita con pulso literario más perfecto que el habitual.

Con seis personajes básicos y uno, el de la criada, meramente episódico, Zuazagoitia trama todo un panel de conflictos a caballo entre el cuadro de costumbres y la comedia dramática. Antxon y Patxike aguardan la llegada de Pedro, su hijo emigrado a América, que acaba de contraer nupcias en Méjico con una natural de aquel país. De la impaciencia participan también Mari Pepa, la hija y hermana, respectivamente; Pedro Mari, hijo de esta última, apenas un mozo en ciernes; y José Miguel, un arrote local, viejo compañero del emigrado.

El acto primero sirve para que Patxike, al fin madre, dude que su hijo sea feliz tan lejos de casa, esposado con una mujer ajena a su tierra vasca, cuando tantas neskaitillas tendría ahora bailándole el agua. Mari Pepa, y en cierta medida el propio Antxon, tratan de disuadirla alegando que Pedro habrá elegido adecuadamente. La llegada de Pedro y su esposa Nené causa la natural expectación. El regresa con la jovialidad de siempre confiando que su esposa sea del agrado familiar. Ya sosegados todos, el indiano refiere cómo hizo su fortuna, primero en Argentina, donde conoció a Nené. Esta, que quiere hacerse agradable a su nueva familia, regala a suegros, cuñada y sobrino unos anillos de plata. Sin embargo, la primera disidencia se producirá cuando solicita un baño y que se le sirva la cena en la cama. Pedro Mari suspira—«¡qué bella es la tía!», en tanto Antxon sentencia grave: «Viento sur ha traído la criolla».

Apunte para un adulterio Durante el segundo acto, Zuazagoitia sirve al público los datos precisos para que el espectador conozca como se vie-

ne desarrollando la convivencia entre los personajes. Nené no hace sino excitar las miradas masculinas, lo que crea en Patxike un odio abierto hacia la nuera que se le está convirtiendo en una auténtica pesadilla. En efecto, la vieja propietaria de la casona junto a Aixerrota no anda muy equivocada. Dándose cuenta de la atracción que ejerce sobre su sobrino, Nené procura un aparte con Pedro Mari y termina haciéndole confesar que le gusta. Es un momento de especial calor—vayamos al acotado— «le acerca hacia sí y le besa en la boca. Pedro Mari le abraza y besa apasionadamente». Pedro les ve desde el umbral de la puerta, al tiempo que el telón baja epilógando el segundo acto.

La situación absolutamente deteriorada, durante el acto tercero se nos dan a conocer los detalles sobre el regreso precipitado de Pedro y Nené a su domicilio americano. Patxike piensa que ya nunca verá a su hijo por culpa de la criolla. ¿A qué tanta prisa por marchar? José Miguel, viejo amigo de francachelas juveniles, acaba por descubrir que Pedro sabe del apunte de idilio que ha nacido entre Nené y Pedro Mari. «En América la hubiera matado», asegura el esposo... Si para liberarme de esta lucha es menester matar, allí mataré a Nené. Sí, allí la mataré». La despedida tiene que ser rápida. Tío y sobrino se abrazan a instancias de Pedro, quien concluye urgiendo: «Basta. Vámonos».

No es, como puede comprobarse, «La criolla» una pieza teatral vulgar. Quizá no pertenezca al apartado de las más logradas, pero sí que en nuestro teatro bilbaino puede ocupar un puesto destacado. Su apunte de enredo psicológico y hasta cierta crudeza en la exposición y desarrollo, son virtudes que no se advierten en ninguna otra de nuestras comedias. Lástima que Joaquín de Zuazagoitia no intentara otra aventura escénica.